©2014 Diario Córdoba S.A. Todos los derechos reservados
PDF generado el 22/06/2014 18:54:15 para el suscriptor con email candaya@candaya.com
Esta publicación es para uso exclusivamente personal y se prohíbe su reproducción, distribución, transformación y uso para press-clipping

MIGUEL A. ZAPATA ACABA DE PUBLICAR 'LAS MANOS' (CANDAYA, 2014), UNA CRÓNICA PORMENORIZADA DE LOS MALES Y OBSESIONES CONTEMPORÁNEAS EN CLAVE GROTESCA

Miguel A. Zapata

Pedro M. Domene

Miguel A. Zapata nació en Granada en 1974. Desde 2002 desarrolla su labor literaria y docente en Madrid. Es autor de los volúmenes de cuentos *Ternuras interrumpidas. Fabulario casi naif* (2003) y *Esquina inferior del cuadro* (Finalista del Premio Setenil 2012) y los libros de microrrelatos *Baúl de prodigios* (2007) y *Revelaciones y Magias* (2009). Ha recibido numerosos premios de narrativa breve y está incluido en algunas de las más relevantes antologías y compilaciones del género: *Cuento español actual 1992-2012* (Cátedra, 2014), *Antología del microrrelato español 1906-2011* (Cátedra, 2012) y *Mar de pirañas. Los nuevos nombres del microrrelato español* (Menoscuarto, 2012), entre otros.

–Literariamente procede de la narrativa breve, ¿qué le ha aportado este género hasta llegar a la novela?
–El andamiaje y la construcción requieren herramientas diferentes en ambos géneros. Sin embargo, elementos más intangibles como el empleo de la elipsis o la dosificación de la intensidad, que son consustanciales a la escritura de un buen cuento, a mí me han sido de gran utilidad en mi trabajo novelístico.

"Somos productos de una realidad cultural persistente y azarosa. Por eso, yo pretendo desarticular los modos infamantes de lo real mediante lo humorístico, lo grotesco..."

Miguel A. Zapata.

–Magia, imaginación, ilusionismo y paradoja pueblan su mundo breve, ¿qué queda de aquello?
–Creo que todo, pero en dosis diferentes y con intenciones dispares. Todo lo que ocurre en *Las manos* (2014) es perfectamente posible, pero el tratamiento elegido desdibuja esa frontera y me permite un enfoque más plástico, sin llegar a la elucubración afín al fantástico o lo surreal que habitaban mis textos breves.
–¿Se divierte contando historias por la mínima expresión?
–Yo la diversión en mi actividad literaria la he encontrado en la novela. El cuento y el microrrelato acentúan mi tendencia a un perfeccionismo insano, a cuadrar mecanismos de relojería que sean orbes cerrados sobre sí.
–¿Se pueden solucionar fantásticamente los problemas de la realidad cotidiana?
–No, la literatura no propone fórmulas mágicas contra un desahucio o un despido improcedente. Sería una provocación pensar algo así. Pero sí que permite una labor de observación más generosa y distanciada el empleo del prisma de lo fantástico sobre lo cotidiano. Hoy, el hombre es un producto artificial que se pierde en algún punto inconcreto entre sus deseos y las limitaciones que impone a los mismos su realidad social, económica y cultural.
–En una reciente antología, afirmaba que la permeabilidad del relato actual es su rasgo más notable, ¿se refiere a la influencia en la expresividad que generaciones anteriores han dejado en las actuales? ¿En qué medida?
–Sí. El cuento es muy dúctil, muy permeable a la influencia del pasado del que bebe, sin esa necesidad de continua exploración y ruptura de la novela. Yo he frecuentado el fantástico y sus temas tradicionales en los microrrelatos de *Baúl de prodigios y Revelaciones y Magias*, y en algunos de mis cuentos, sobre todo los de mi primer libro, *Ternuras interrumpidas*. Pero a través de los estilemas que me definen como autor he pretendido siempre una reinterpretación personal del género.
–¿Qué valor le otorga al humor, al absurdo, o a lo grotesco en su literatura?
–Mucho. Los escritores más grandes abrazan el humor o el absurdo como un arma de construcción masiva: Sharpe, Queneau, Perec, Ionesco Sin el humor o la pulsión juguetona de lo surreal, la literatura tiende a acartonarse, envejece mal lo grave, porque no define lo universal, sino lo coyuntural. Rabelais sigue vigente.
–Ahora se estrena usted en narrativa extensa con una novela ambiciosa, *Las manos* (Candaya, 2014), la historia de un hombre a la deriva, ¿una crónica de la actualidad?
–Es, de hecho, una crónica pormenorizada de los males y obsesiones contemporáneas en clave grotesca: el deseo insatisfecho, la necesidad de proyectarse en un logro colectivo que supere la pequeñez de nuestras existencias, la búsqueda incesante de un grial que justifique nuestros días... Mario Parreño, el protagonista, un hombre común y de carácter misántropo, se arroga, como una pulsión irrefrenable, esa misión que parece a todas luces imposible: recuperar la Copa de la FIFA, robada de las manos de Fernando Torres durante el desfile triunfal de la selección española por las calles de Madrid, en el verano de 2010. Es la derrota del individuo que se vacía de sí para colmarse con los logros de otros a los que no conoce. O es, quizá, el triunfo de la inmadurez contemporánea.
–El fútbol, ¿manda tanto en una sociedad como la actual?
–Yo no diría tanto. Digamos que, en su calidad de fenómeno sublimador, actúa como un reflejo distorsionado a la manera valleinclanesca: se tiende a ver en él y en sus mitos la imagen que muchos desearían mostrar al mundo. Es una catarsis, pero con las catarsis no se come ni se paga la hipoteca. Supongo que las crisis actúan sobre este tipo de conductas acomodaticias como una venda que cae al suelo y deja a los ojos ver lo que antes se ocultaba. Veremos.
–Su personaje, Mario Parreño, ¿se convierte en ese mesías del siglo XXI tan deseado?
–Hay muchas maneras de perder. Mario es un perdedor nato, pero él no parece advertirlo. El éxito y la felicidad, radican, como pensaba Rilke, en la manera en que los transformamos interiormente. En el decurso de la novela, Mario no nos da muestras evidentes de conciencia de su condición de héroe. Es más, duda continuamente de sus aptitudes y fluctúa entre su perfil de ración de oreja en el Bar Eto y su naturaleza recién adquirida de héroe inaudito e improvisado, si es que logra finalmente tal estatus.
–De nuevo el humor y lo grotesco hacen gala en su prosa, ¿estamos tan necesitados de reírnos a carcajadas, o es un mero recurso?
–Hay ganas de reír, sí. Pero no nos dejan. Somos productos de una realidad cultural persistente y, en muchos casos, azarosa. Por eso, yo pretendo desarticular los modos infamantes de lo real mediante lo humorístico, lo grotesco, lo surreal, lo esperpéntico, no como un mero recurso con finalidad en sí mismo sino como un medio para trazar un fresco del hombre del siglo XXI, si es que eso no es una misión más imposible que recuperar la Copa de la FIFA.
–¿Su visión esperpéntica caracteriza a un mundo en descomposición y crisis?
–Sí. El espejo deformante y el trazo burlesco son propios del arte en las épocas de crisis: Gracián, Goya, Valle-Inclán, Kafka... Pero yo no contemplo la farsa. Mis personajes son tan serios en el fondo como una patada en el estómago, no hay trazo grueso ni caricatura, sino un perfil minucioso de caracteres y situaciones que conforman un políptico de estos primeros años de centuria.